

En otro tiempo pereció delante de San Juan de Acre la flor de la caballería á las órdenes de Felipe Augusto. Mi compatriota Guillermo el Breton canta así en versos latinos del siglo XII:—«Apenas se encontraba un sitio en todo el reino en que no hubiese alguna persona que tuviese motivos para llorar; tan grande fue el desastre que precipitó en la tumba á nuestros héroes cuando fueron heridos de muerte en la ciudad de Ascaron.» (Ascalon, ciudad próxima á San Juan de Acre.)

Bonaparte era un mago excelente, pero no tenía poder suficiente para transformar al general Bon, muerto en Tolemaida, en Raul, señor de Coucy, que al aspirar al pie de los muros de esta ciudad escribía á Mad. de Fayel; muerto por amar lealmente á su amiga.

Napoleon hubiera hecho muy mal en despreciar la canción de los *Canteors*, cuando se complacía en San Juan de Acre en muchas otras fábulas. En los últimos días de su vida, bajo un cielo que no vemos, se entretenió en divulgar lo que meditaba en Siria, si es que no ha inventado el proyecto despues de pasados los hechos, y no ha construido con un pasado verdadero el porvenir fabuloso que queria hacer creer. «Dueño de Tolemaida, nos dicen las revelaciones de Santa Elena, Napoleon fundaba un imperio en el Oriente, y la Francia quedaba para otros destinos. Marcharía á Damasco y á Alepó sobre el Eúfrates. Los cristianos de Siria y aun los de Armenia le hubieran auxiliado. Los pueblos iban á cambiar de faz. Los restos de los mamelucos, los árabes del desierto de Africa, los drusos del Líbano y los mutualis ó mahometanos oprimidos de la secta de Alí se unirían al ejército que era dueño de Siria, y la conmoción se comunicaría á toda la Arabia. Las provincias del imperio otomano, que hablan el árabe, desearían un cambio entero en su modo de ser, y recibirían con los brazos abiertos al hijo de la guerra; él podría hallarse sobre el Eúfrates á mediados del verano con cien mil soldados auxiliares, y una reserva de veinte y cinco mil franceses que hubiera hecho venir sucesivamente de Egipto. Hubiera llegado á Constantinopla y á las Indias, y cambiado la faz del mundo.

Antes de retirarse de San Juan de Acre, el ejército francés había tocado en Tiro: abandonada de las flotas de Salomon y de las falanjes del Macedonio, Tiro no conserva más que la soledad imperturbable de Isaías: soledad en que los perros mudos se abstienen de ladrar.

El sitio de San Juan de Acre fue levantado el 20 de mayo de 1799. Bonaparte, habiendo llegado á Jaffa, se vió obligado á continuar su retirada. Tenía en su ejército treinta ó cuarenta personas atacadas de la peste, número que Napoleon redujo á siete, que no podían ser transportados; no queriendo abandonarlos, por temor, según decía, de dejarlos expuestos á la crueldad de los turcos, propuso á Desgenettes que les administrase una gran dosis de opio. Desgenettes le dió esta tan conocida respuesta:—«Mi misión es la de curar á los hombres, y no la de matarlos.» «No se les administró opio, dice Mr. Thiers, y este hecho sirvió para propagar una calumnia indigna y destruida hoy día.»

¿Es esto una calumnia? ¿Se halla destruida por ventura? Esto es lo que no podría yo afirmar tan perentoriamente como lo hace el brillante historiador; su raciocinio equivale á decir: «Bonaparte no envenenó á los individuos atacados de la peste, supuesto que propuso envenenarlos.»

Desgenettes, nacido de una pobre familia de nobles normandos, es aun un objeto de veneración para los árabes de la Siria, y Wilson dice que su nombre debería estar escrito en caracteres de oro.

Buriene ocupa diez páginas en sostener el envenenamiento contra los que lo niegan. «No podré decir

que les vi administrar el opio, dice, porque mentiría; pero lo que si puedo asegurar es que se tomó esta determinación, y que se tomó despues de un exámen detenido; que la orden fue dada, y que los enfermos murieron. ¿Por ventura, una cosa de que se ocupó todo el cuartel general al siguiente día de la salida de Jaffa, como de un hecho positivo; una cosa de que hablamos todos como de una lamentable desgracia, sería una indigna calumnia, inventada para atacar la reputación de un héroe?»

Napoleon no abandonó jamás ninguna de sus faltas; como un tierno padre, prefiere entre sus hijos á aquel que es mas desgraciado. El ejército francés fue menos indulgente que los historiadores apologistas; creyó en la ejecución del envenenamiento, no solo perpetrado en un puñado de enfermos, sino en muchos centenares de hombres. Roberto Wilson, en su *Historia de la expedición de los ingleses en Egipto*, presentó el primero su acusación; afirma que esta acusación se hallaba apoyada por la opinión de los oficiales franceses hechos prisioneros por los ingleses en Siria. Bonaparte desmintió á Wilson, quien contestó que había dicho la verdad. Este Wilson es el mismo mayor general que fue comisario de la Gran-Bretaña en el ejército ruso durante la retirada de Moscou, quien tuvo la felicidad de contribuir despues á la evasión de Mr. de Lavalette. Levantó un cuerpo de ejército contra la legitimidad durante la guerra de España de 1823; defendió á Bilbao, y envió á Mr. de Villele, su cuñado, Mr. Desbassins, con la obligación de esperar en el puerto. Las palabras de Wilson tienen un gran peso bajo muchos aspectos. La mayor parte de las historias de aquella época están conformes en el hecho del envenenamiento: el baron de Las Casas confiesa que era una cosa creída por el ejército. Bonaparte, que se hizo mas sincero en su cautividad, ha dicho á Mr. Warnen y al doctor O'Meara que si él se hubiera hallado en el caso en que se encontraban los tales enfermos, hubiera buscado por sí en el opio el olvido de sus desgracias, y que hubiera hecho administrar el veneno á su propio hijo. Walter Scott reúne todo lo que se ha dicho sobre esto; pero impugna que fuesen muchos los enfermos, diciendo que el envenenamiento no hubiera podido ejecutarse con buen éxito en muchas personas; añade que sir Sidney encontró en el hospital de Jaffa los siete franceses citados por Napoleon. Walter Scott guarda la mayor imparcialidad: defiende á Napoleon, como hubiera defendido á Alejandro contra las acusaciones con que se pudiera empañar su memoria.

Esta es realmente la vez primera que hablo de Walter Scott como historiador de Napoleon, y no será la última: debo aquí decir que se han equivocado grandemente los que acusan al ilustre escocés de prevención contra un grande hombre. La vida de Napoleon (*Life of Napoleon*) tiene nada menos que once tomos. No ha tenido la aceptación que debía esperarse, porque, excepto en dos ó tres ocasiones, la imaginación del autor de tantas obras brillantes le ha abandonado: se le ve deslumbrado por los sucesos fabulosos que refiere, y como abrumado con las maravillas de aquella gloria. La vida entera carece tambien de esos grandes puntos de vista que los ingleses presentan rara vez en la historia, porque no comprenden la historia como nosotros. Por lo demás, esta vida es exacta, salvando algunos errores de cronología: toda la parte que trata de la detención de Napoleon en Santa Elena es excelente: los ingleses se hallaban en mejor posición que nosotros para conocer esta parte. Al narrar aquella época de su vida tan prodigiosa, el novelista se halla vencido por la verdad. La razón domina en el trabajo de Walter Scott, y se halla siempre en guardia contra sí mismo. La rectitud de sus juicios es tal, que degenera en apología. El historiador lleva su condescendencia hasta el punto de

admitir las excusas sofisticas de Napoleon, que no son admisibles. Es evidente que los que hablan de la obra de Walter Scott como de un libro escrito bajo la influencia de las ideas de nacionalidad inglesa y de un interés privado, no la han leído nunca: en Francia no se lee. Lejos de exagerar lo que pudiera dañar á Napoleon, el autor teme la lucha contra la opinión: sus concesiones son innumerables, y capitula en todos los puntos: si aventura un juicio definitivo, le reforma en seguida por medio de consideraciones que cree deber á la imparcialidad; no se atreve á habérselas con su héroe, ni á mirarle cara á cara. A pesar de esta especie de pusilanimidad ante la infatuación popular, Walter Scott ha perdido el mérito de sus condescendencias por haber emitido esta sencilla verdad en su prólogo:—«Si el sistema general de Napoleon, dice, ha estado basado sobre la violencia y el fraude, no es la grandeza de sus talentos ni el éxito de sus empresas lo que debe acallar la voz ó deslumbrar los ojos del que se aventura á presentarse como su historiador.» *If the general system of Napoleon, has rested upon force or fraud it is neither the greatness of his talents, nor the success of his undertakings, that ought to stifle the voice or dazzle the eyes of him who adventures to be historian.*

La retirada hecha bajo el sol de Siria fue acompañada de desgracias que recuerdan las miserias de nuestros soldados en la retirada de Moscow en medio de las nieblas: «Había, dice Miot, aun en las borrascas y en las orillas del mar algunos desgraciados que esperaban que los sacasen de allí. Entre ellos se contaba un soldado atacado de la peste, y que en el delirio que acompaña á veces á la agonía creyó sin duda, viendo partir á las tropas á tambor batiente, que iban á dejarlo abandonado; su imaginación le hizo entrever la extensión de su desgracia si caía en manos de los árabes. Debe suponerse que este temor fue el que le puso en tal agitación, que le sugirió la idea de seguir á las tropas; tomó su mochila, que le servía de almohada, y colocándola en sus espaldas, hizo un terrible esfuerzo, y se levantó. El virus de la cruel epidemia que corría por sus venas le quitó aquella fuerza sobrenatural, y á los tres pasos cayó sobre la arena, golpeándose la cabeza. Esta caída aumentó su espanto, y despues de mirar por algunos instantes con ojos extraviados las columnas que marchaban delante de él, se levantó segunda vez, pero no fue mas feliz que la primera; á la tercera tentativa sucumbió, y cayendo á la orilla del mar, quedó en el sitio que el destino le había señalado para sepultura. El aspecto de aquel soldado era horroroso, el desórden que reinaba en sus palabras incoherentes, su rostro que expresaba el dolor; sus ojos abiertos y fijos, su uniforme andrajoso, ofrecían el espectáculo mas espantoso que puede presentar la muerte. Con los ojos fijos en las tropas que iban marchando, no se le había ocurrido la idea de volver la cabeza hácia otro lado; hubiera visto entonces la división de Kleber y la de caballería, que salieron de Tentocera despues que las otras, y la esperanza de salvarse hubiera tal vez conservado su vida.»

Cuando nuestros soldados, acostumbrados ya á estas escenas, veían á alguno de sus desgraciados compañeros, que les seguía con el delirio de la fiebre, cayendo, levantándose y volviendo á caer para siempre, solían decir:—«Se ha acuartelado.»

Daré fin á este cuadro con una página de Buriene:

«Una sed devoradora, dicen las *Memorias*; la falta total del agua, un calor excesivo, una marcha fatigosa en aquellos arenales abrasadores, desmoralizaron á los hombres, é hicieron suceder á los sentimientos generosos el mas cruel egoismo, y la indiferencia mas afflictiva. Yo mismo he visto arrojar de

las camillas á los oficiales operados de amputaciones, mandados transportar, y que ademas habían entregado su dinero á los encargados de conducirlos para pagarles su trabajo: he visto dejar abandonados en los campos á los operados, á los heridos, á los atacados de la peste, ó que se sospechaba que lo estaban. Iban alumbrados en su marcha por hachones destinados á incendiar los pueblos, las barracas, los cercados y las ricas mieses que hallaban al paso. El país era una inmensa hoguera. Los que tenían orden de presidir á aquellos desastres parecían que al esparcir la desolación por todas partes deseaban vengar los reveses y hallar un alivio á su furor. Nos hallábamos rodeados de moribundos, de rateros y de incendiarios. Los desgraciados, abandonados en medio del camino, decían con una voz moribunda:—*Yo no estoy apastado, estoy únicamente herido*: y para convencer á sus compañeros, se les veía volver á abrirse sus heridas ó hacerse otras nuevas. Pero nadie los creía, y pasaban diciendo:—*Es cosa perdida*. El sol, en todo su esplendor en aquel hermoso cielo, hallábase oscurecido por el humo de tantos incendios. El mar estaba á nuestra derecha; á la izquierda, y detrás de nosotros, el desierto que dejábamos; delante, las privaciones y los trabajos que nos esperaban.»

VUELTA Á EGIPTO.—CONQUISTA DEL ALTO EGIPTO.

«Partió, llegó y dispipó todas las tempestades; su vuelta las ha hecho reaparecer en el desierto.» De este modo cantaba y se alababa el vencedor rechazado al volver al Cairo, en sus himnos era el conquistador del mundo.

Durante su ausencia, Desaix había acabado de someter el Alto Egipto: subiendo el Nilo se ven las ruinas engrandecidas por el lenguaje de Bossuet: «Se han descubierto, dice el autor de la *Historia Universal*, templos y palacios casi enteros en el Saide, en que hay innumerables columnas y estatuas. Es digno de admiración, sobre todo, un palacio cuyos restos parece que no se han conservado mas que para eclipsar la gloria de los mas grandes monumentos. Cuatro calles de árboles que se pierden de vista y que á uno y otro extremo tienen dos esfinges fabricadas de una materia tan rara como son ellas admirables por su tamaño, desembocan en cuatro pórticos, cuya elevación sorprende á la vista. ¡Qué magnificencia y qué grandiosidad! Los que nos han descrito aquel prodigioso edificio no han tenido ni el tiempo suficiente para dar la vuelta alrededor, y no pueden haber visto ni aun la mitad de él; pero lo que han visto allí era sorprendente. Hay un salon que parece que era el punto céntrico del palacio, con ciento veinte columnas del grueso de seis brazas, y altas en proporcion, intermediadas de obeliscos que no han podido derribar tantos siglos. Los colores mismos, que tanto sufren el poder del tiempo, se presentan aun en aquel admirable edificio con toda su viveza: ¡de tal manera sabía el Egipto imprimir el carácter de inmortalidad á todas sus obras! Hoy, que el nombre de Luis XIV recorre las partes mas desconocidas del mundo, ¿no sería un objeto digno de la mas noble curiosidad el descubrir las bellezas que encierra la Tebaida en sus desiertos? ¿Qué de objetos dignos de admiración no se encontrarían si se pudiese penetrar en la ciudad real, cuando tan lejos de ella se descubren tales maravillas? El poder romano, desesperando de poder igualar á los egipcios, creyó hacer lo suficiente para su grandeza con tomar los monumentos de los reyes de estos últimos.»

Napoleon se encargó de poner por obra los consejos que Bossuet daba á Luis XIV. «Thebas, dice Mr. Denon, que seguía á Desaix en su expedición;

ese ciudad tradicional que la imaginación no entrevé sino al través de la oscuridad de los siglos, era todavía un fantasma tan gigantesco, que á su vista se detuvo el ejército y prorumpió en gritos de admiración. En medio del complaciente entusiasmo de los soldados, hallé rodillas que me levantarán en alto y cuerpos que me dieran sombra... Llegados á las cataratas del Nilo, nuestros soldados, sin dejar de combatir contra los beys, y fatigados como estaban, se ocuparon en poner talleres de sastre, de platería, tiendas de barberos y de otras clases. Bajo una calle de árboles levantaron una columna militar, con la siguiente inscripción: *Camino de París...* Volviendo á bajar el Nilo, el ejército tuvo muchos encuentros con los habitantes de la Meca: incendiábanse los puestos de los árabes, que, faltos de agua, apagaban el fuego con los pies, con las manos y con todo su cuerpo.—Negros y desnudos, continua Mr. Denon, véalos correr al través de las llamas; aquella era la imagen de los diablos en el infierno. No los podía mirar sin experimentar un sentimiento invencible de horror y de admiración. Había momentos de silencio en los que se dejaba oír una voz, que era contestada por himnos sagrados y por los gritos de guerra.»

Los árabes cantaban y bailaban como los soldados y los frailes españoles en el incendio de Zaragoza. Los rusos prendieron fuego á Moscou: la especie de sublime demencia que agitaba á Napoleon la trasmítala á sus víctimas.

BATALLA DE ABUKIR.—ESQUELAS Y CARTAS DE NAPOLEON.—SU VUELTA Á FRANCIA.—EL 18 BRUMARIO.

De vuelta al Cairo, escribía Napoleon al general Dugna: «Ciudadano general: hareis cortar la cabeza á Abdalla-Aga, antiguo gobernador de Jaffa. Segun lo que me han dicho los habitantes de Siria, es un monstruo, de cuya presencia es preciso librar á la tierra... Mandareis fusilar á los llamados Hassan, Jousset, Ibrahim-Saleh, Mahamet, Bekir, Hadj-Soleh, Mustafá, Mahamed y á todos los mamelucos.» Bonaparte dió muchas órdenes por el estilo contra los egipcios, que *hablaron mal de los franceses*: tal era el aprecio que hacia de las leyes. El mismo derecho de guerra, permitía, por ventura, sacrificar tantas víctimas, por la simple orden de un jefe: *hareis fusilar?* Al mismo tiempo escribía al sultan de Darfour: «Deseo que me envíes dos mil esclavos varones que tengan mas de diez y seis años.» Bonaparte gustaba de esclavos.

Desembarcó en Aboukir una flota otomana de cien velas, y conducía un ejército: Murat, apoyado por el general Lannes, la arrojó al mar, y Bonaparte dió parte al directorio de aquella nueva victoria: la ribera cuyas aguas han arrastrado en el año pasado cadáveres de ingleses y franceses, está hoy cubierta con los de nuestros enemigos. No puede uno menos de fatigarse al andar sobre estos montones de victorias, lo mismo que al pisar las arenas abrasadoras de aquellos desiertos.

La siguiente esquela de Bonaparte no puede menos de afectar los ánimos de una manera bien triste: «Estoy poco satisfecho, ciudadano general, de vuestras operaciones en esta ocasion. Hareis recibido órdenes para marchar al Cairo, y no lo habeis hecho. Cualquiera que sean los sucesos que sobrevengan, no deben impedir nunca á un militar obediente, y el talento de la guerra consiste en separar los obstáculos que hacen difícil una operacion, y no en abandonarla. Tened presente lo que os digo para el porvenir.»

Ingrato anticipadamente, dirige está áspera reprehension á Desaix, que al frente de sus valientes tropas en el Alto Egipto daba tantas muestras de humanidad como de valor, marchando al paso de su caballo, hablando de ruinas, echando de menos su patria, salvando á las mujeres y á los niños, amado de los pue-

blos, que le llamaban el *Sultan Justo*; en fin, á esa Desaix, que fue muerto despues en Marengo, en la carga en que el primer cónsul se hizo dueño de Europa. El carácter del hombre se presenta en esta esquela de Napoleon: «Orgullo y envidia; preséntese ya al hombre que no puede soportar las reputaciones del que, árbitro de los destinos, se le concedió la palabra que detiene y subyuga; pero sin este carácter dominante hubiera podido Bonaparte hacer que todo cediese ante él?»

Próximo á abandonar la tierra antigua en que el hombre exclamaba al espirar:—«¡Poderes que dispensais la vida á los humanos, recibidme y concededme un lugar entre los dioses inmortales!» Bonaparte no piensa nunca en otra cosa que en su porvenir en la tierra; hace advertir de su marcha por el Mar Rojo á los gobernadores de la isla de Francia y de la isla de Borbon; envia sus saluciones al sultan de Marruecos y al bey de Trípoli: les da parte de sus buenos oficios para con las caravanas y los peregrinos de la Meca; Napoleon procura al mismo tiempo hacer desistir al gran visir de la invasion proyectada por la Puerta, asegurando que se halla tan dispuesto á venderlo todo como á entrar en negociaciones.

Hay una cosa que haria poco honor á nuestro carácter, si nuestra imaginación y nuestro amor por la novedad no fuesen mas culpables de ella que nuestra equidad nacional; los franceses se extasian en la expedicion de Egipto, y no reparan en que es tan contrario á la justicia como al derecho político: en completa paz con la mas antigua aliada de Francia, no dudamos en atacarla, la ocupamos su fértil provincia del Nilo sin declaracion alguna de guerra, como argelinos que en una de sus invasiones se hubieran apoderado de Marsella y de la Provenza. Cuando la Puerta se prepara para su defensa legítima, muy envaneidos con nuestro golpe de mano, la preguntamos qué es lo que piensa hacer, asegurándole que hemos tomado las armas únicamente por su bien y para libertarla de los bandidos mamelucos que tenian prisionero á su bajá. Bonaparte envia á decir al gran visir: «¿Cómo no conoceis que cada francés que muere es un apoyo menos para la Puerta? En cuanto á mí, puedo aseguraros que será el dia mas feliz de mi vida: aquel en que pueda contribuir á la terminacion de una guerra á la vez *impolítica y sin objeto*.» Bonaparte trataba de marcharse: ¡la guerra entonces era *impolítica y sin objeto*! La antigua monarquía fue por lo demás tan culpable como la república: los archivos de negocios extranjeros conservan muchos planes de colonias francesas en Egipto. El mismo Leibnitz habia aconsejado establecer la colonia egipcia á Luis XIV. Los ingleses no dan valor sino á la política positiva, á la de los intereses: la fidelidad de los tratados y los escrúpulos morales son para ellos puerilidades.

Llegó por fin la hora; Bonaparte, detenido en las fronteras orientales del Asia, va á empuñar el cetro de la Europa, para buscar despues por el Norte, y por un nuevo camino, las puertas de HIMALAYA y las grandezas de CACHEMYRA. Su última carta, dirigida á Kleber, fechada en Alejandría el 22 de agosto de 1799, es un modelo de raciocinio, de experiencia y de autoridad. El final de ella tiene un fondo de sentimiento que penetra en el corazón.

«Adjunta vereis, ciudadano general, una orden para tomar el mando en jefe del ejército. El temor de que los navíos ingleses aparezcan de un momento á otro me hace adelantar dos ó tres dias mi viaje.»

«Llevo conmigo á los generales Berthier, Andriossi, Murat, Lannes y Marmont, y á los ciudadanos Monge y Berthollet.»

«Tambien os envío los papeles ingleses y de Francfort hasta el 10 de junio. En ellos vereis que hemos perdido la Italia, y que Mantua, Turin y Tortona se

hallan bloqueadas. Tengo motivos para creer que la primera resistirá hasta fines de noviembre, y tengo esperanza, si la fortuna me ayuda, de llegar á Europa antes del mes de octubre.»

Siguen las instrucciones particulares:

«Sabeis apreciar tambien como yo lo que importa á la Francia la posesion del Egipto. El imperio turco, que amenaza ruina por todas partes se hunde, y el abandonar á Egipto sería una desgracia, tanto mayor, cuanto que veriamos pasar esta hermosa provincia á otras manos europeas.»

«Las noticias de las victorias ó de las derrotas que recibe la república deben entrar tambien en vuestros cálculos.»

«Conoceis, ciudadano general, mi modo de pensar sobre la política interior de Egipto: cualquier cosa que hagais, siempre los cristianos serán vuestros amigos. Es menester impedir que se hagan demasiado insolentes, para que los turcos no tengan contra nosotros el mismo fanatismo de odio que tienen contra ellos, cosa que los haria nuestros enemigos irreconciliables.»

«Había yo mandado pedir muchas veces una compañía de cómicos, y ahora yo mismo me encargaré de enviároslos. Este ramo es muy importante para el ejército y para empezar á cambiar las costumbres del pais.»

«El puesto importante que vais á ocupar os va á poner en estado de desplegar el talento que os ha concedido la naturaleza. Todo cuanto aquí pase será objeto de un gran interés, y sus resultados inmensos para el comercio y la civilization; esta será la época de que datarán las grandes revoluciones.»

«Acostumbrado á ver la recompensa de las aflicciones y trabajos de la vida en la opinion de la posteridad, abandono el Egipto con el mayor sentimiento. El interés de la patria, su gloria, la obediencia, los extraordinarios sucesos que acaban de tener lugar, son los que únicamente me deciden á ir á Europa, pasando por medio de las escuadras enemigas. Con el alma y la vida me quedaria con vos. Vuestros triunfos serán para mí tan gratos como aquellos en que he tomado parte, y miraré como mal empleados los dias de mi vida en que no haga alguna cosa en favor del ejército cuyo mando os confío, y para asegurar el magnífico edificio cuyos cimientos acaban de levantarse.»

«El ejército que os confío está compuesto de mis hijos; en todas ocasiones, y aun en medio de los mayores trabajos, me han dado muestra de su adhesion. Haced de modo que conserven siempre los mismos sentimientos, puesto que es una cosa que debeis al aprecio y la singular amistad que tengo para con vos, y al cariño que les profeso.»

«BONAPARTE.»

[En ninguna ocasion ha encontrado el guerrero palabras semejantes á estas! Aquí se ve á Napoleon que acaba; el emperador que le ha de suceder causará sin duda mas asombro, pero mas odio tambien. Su voz no tendrá el acento de la juventud: el tiempo, el despotismo, la embriaguez de la prosperidad la alterarán.]

Digno de compasion hubiera sido Bonaparte si hubiese sido obligado en virtud de la antigua ley egipcia á tener abrazados tres dias á los hijos que habia muerto. Habia imaginado para los soldados que dejaba expuestos á los ardores del sol las mismas distracciones que el capitán Parny empleó despues para sus marineros en las heladas noches del Polo. Envía el testamento del Egipto á su valiente sucesor, que ha de ser muy pronto asesinado, y se escapa furtivamente como

César, que se salvó á nado en el puerto de Alejandría; esa reina que el poeta llamaba un *fatal prodigio*, Cleopatra, no le esperaba; iba á la cita secreta que le habia dado el destino, que es otro poder infernal. Despues de haberse internado en Oriente, manantial de maravillas, vuelve á nosotros sin haber llegado á Jerusalén, así como tampoco entró nunca en Roma. El judío que gritaba, «¡desgracia, desgracia!» circuló alrededor de la ciudad-santa sin penetrar en sus eternos monumentos. Un poeta, huyendo de Alejandría, sube el último sobre la fragata aventurera. Impregnado de los milagros de Judea y de los recuerdos de la tumba en las pirámides, Bonaparte cruza los mares, sin cuidarse de sus navíos ni de sus abismos; todo era vadeable para aquel gigante, acontecimientos y mares.

Napoleon toma la direccion que yo he seguido; sigue la costa de Africa con viento contrario, y al cabo de veinte dias dobla el cabo de Bon; llega á las costas de Cerdeña, y se ve obligado á detenerse en Ajaccio; dirige sus miradas á los lugares de su nacimiento, recibe algun dinero del cardenal Fesch, vuelve á embarcarse, y descubre una flota inglesa, que no le persigue. El 8 de octubre entra en la rada de Frejus, no lejos de aquel golfo de San Juan en que se habia de presentar terrible por la postrera vez.

Salta en tierra, parte, llega á Lyon, toma el camino del Bourdonnais, y entra en Paris el 16 de octubre. Todo parecia dispuesto contra él: Barras, Sieyès, Bernadotte, Moreau, y todos estos enemigos, le sirven como por milagro. Fracasa la conspiracion; el gobierno se traslada á Saint-Cloud. Bonaparte quiere hablar ante el Consejo de los Ancianos; se turba, balbucea las palabras de hermanos de armas, de volcan, de victoria y de César; le tratan de Cromwell, de tirano y de hipócrita; quiere acusar, y es acusado; se dice asistido del dios de la guerra y del dios de la fortuna, y se retira exclamando:—«El que me ame, que me siga.» Se pide su formacion de causa: Luciano, presidente del Consejo de los Quinientos, deja el sitio de la presidencia para no poner á Napoleon fuera de la ley. Saca su espada, y jura atravesar con ella á su hermano si atentase alguna vez contra la libertad. Háblase de fusilar al soldado desertor, al infractor de las leyes sanitarias, al portador de la peste, y le coronan. Murat hace saltar á los representantes por las ventanas: pasa el 18 brumario, nace el gobierno consular, y la libertad muere.

Obra entonces en el mundo un cambio absoluto: el hombre del siglo pasado desaparece de la escena, y entra en ella el hombre del siglo nuevo; Washington es el final de sus prodigios, cede el puesto á Bonaparte, que empieza los suyos. El 9 de noviembre el presidente de los Estados- Unidos cierra el año de 1799; el primer cónsul de la república francesa abre el año de 1800.

Un gran destino empieza, un gran destino acaba.

(CORNEILLE.)

Durante estos importantes acontecimientos, escribí yo la parte de mis *Memorias* que habeis visto, así como un texto moderno profanando antiguos manuscritos. Referia yo mis miserias y mi oscuridad de Londres, al mismo tiempo que se obraban las grandezas y elevacion de Napoleon: el ruido de sus pasos se unia al silencio de los míos en mis solitarios paseos; su nombre me perseguia hasta en el recinto en que se hallaban la indigencia de mis compañeros de infortunio y las alegres privaciones, ó como si se hubiera dicho en nuestro antiguo lenguaje: las *hilaridades* de la miseria de Pelletier. Napoleon tenia mi edad: salidos ambos del seno del ejército, habia él ganado cien batallas cuando yo languidecia aun á la sombra de la emigracion, que fue el pedestal de su fortuna. Habiéndome quedado tan atrás, ¿podia tener esperan-

zas de alcanzarle? Y sin embargo, cuando dictaba leyes á los monarcas; cuando los arrollaba con sus ejércitos y hacia saltar su sangre bajo sus piés; cuando con la bandera en la mano pasaba los puentes de Arcole y de Lody; cuando triunfaba en las Pirámides, no hubiera yo dado por todas sus victorias una sola de aquellas horas olvidadas que pasaba en Inglaterra en una pequeña ciudad desconocida. ¡Oh magia de la juventud!

SEGUNDA COALICION.—POSICION DE LA FRANCIA Á LA VUELTA DE BONAPARTE DE LAS CAMPAÑAS DE EGIPTO.

Sali yo de Inglaterra algunos meses despues que Napoleón salió de Egipto y volvimos á Francia casi al mismo tiempo, él de Menfis, y yo de Londres. Habíase él apoderado de ciudades y de reinos; sus manos estaban cargadas de reales despojos; yo no habia aun tenido mas que ilusiones.

¿Qué habia pasado en Europa durante la ausencia de Napoleón?

Habia empezado de nuevo la guerra de Italia, en el reino de Nápoles, y en los Estados de Cerdeña; Roma y Nápoles fueron momentáneamente ocupadas: Pio VI habia sido hecho prisionero y conducido á Francia, donde habia de morir: se concluyó un tratado de alianza entre los gabinetes de San Petersburgo y de Londres.

Segunda coalicion continental contra Francia. El 8 de abril de 1799 fue atropellado el congreso de Rastadt y asesinados los plenipotenciarios franceses. Habiendo Souwaroff llegado á Italia, derrotó á los franceses en Cassano. Ríndese al general ruso la ciudadela de Milan. Uno de nuestros ejércitos, obligado á desocupar á Nápoles, se sostiene con gran trabajo á las órdenes del general Macdonald. Massena defiende la Suiza.

Mantua sucumbe despues de un bloqueo de setenta y dos dias, y un sitio de veinte. El 15 de octubre de 1799, el general Joubert, muerto en Novi, deja el campo libre á Bonaparte: estaba destinado á representar el papel de este último. ¡Desgraciado el que detenía una fortuna fatal! ¡Veinte mil ingleses bajan al Heldec, aunque inútilmente; su flota en gran parte se ve bloqueada por los hielos; nuestra caballería carga sobre los navios, y se apodera de ellos. Diez y ocho mil rusos, número á que habian reducido el ejército de Souwaroff los combates y las fatigas, habiendo pasado el San Gothardo el 24 de setiembre, penetraron en el valle de la Reuss. Massena salva la Francia con la batalla de Zurich. Souwaroff vuelve á entrar en Alemania, acusa á los austriacos, y se retira á Polonia. Tal era el estado de la Francia cuando Bonaparte vuelve á aparecer en ella, derriba el directorio y establece el consulado.

Antes de proseguir en la narracion de los hechos, recordaré una cosa de que todos deben estar convencidos. Yo no me ocupo de una vida particular de Bonaparte, sino que refiero en compendio sus acciones. Pinto las batallas, pero no las describo: los detalles de estas batallas se hallan bastante reproducidos, y se les encuentra en todas partes, desde Pommereul, que dió á luz las *Campañas de Italia*, hasta nuestros generales críticos y censores de los combates en que se hallaron: hasta los tácticos extranjeros, ingleses, rusos, alemanes, italianos y españoles. Los boletines públicos de Napoleón, y sus comunicaciones secretas, forman el hilo bien poco seguro de estas narraciones. Los trabajos del teniente general Jomini suministran los mas seguros datos para su inteligencia: el autor es tanto mas digno de crédito, cuanto que ha dado pruebas de sus estudios en su *Tratado de la táctica sublime* y en su *Tratado de las grandes operaciones militares*. Admirador de Napoleón hasta hacerse injusto, unido al estado mayor del mariscal Ney, nos ha dejado la historia crítica y militar de las campañas

de la revolucion: él vió con sus propios ojos la guerra de Alemania, de Prusia, de Polonia y de Rusia, hasta la toma de Smolensk; tomó parte en Sajonia en los combates de 1813; de allí pasó á los aliados, fue condenado á muerte por un consejo de guerra de Bonaparte, y nombrado en el mismo momento ayudante de campo del emperador Alejandro. Atacado por el general Sarracin en su *Historia de la guerra de Rusia y de Alemania*, Jomini contestó á sus acusaciones. Jomini ha tenido á su disposicion los documentos depositados en el ministerio de la Guerra y en los demás archivos del reino: él contempló la marcha retrógrada de nuestros ejércitos despues de haberles ayudado á avanzar. La narracion está llena de lucidez y comentada con algunas reflexiones tan oportunas como juiciosas. Mil veces se han copiado páginas suyas enteras sin decirlo; pero yo no tengo vocacion de copiante, y no ambiciono el nombre de un César desconocido, al que no ha faltado mas que un casco para someter de nuevo el mundo. Si hubiera pretendido ayudar la memoria de los veteranos, maniobrando sobre las cartas geográficas, corriendo por los campos de batalla, cubiertos de abundantes cosechas, presentando documentos sobre documentos, y amontonando descripciones sobre descripciones, que son siempre las mismas, y hubiera acumulado volúmenes sobre volúmenes, me habria creado una reputacion de capacidad á riesgo de enterrar bajo mis obras á mí mismo, á mi lector y á mi héroe. No siendo mas que un soldado insignificante, me humillo ante la ciencia de los Vegetios: no he querido tomar por público oficiales á medio sueldo; el último cabo sabe mas que yo en la materia.

CONSULADO.—SEGUNDA CAMPAÑA DE ITALIA.—VICTORIA DE MARENGO.—VICTORIA DE HOELINDEN.—PAZ DE LUNEVILLE.

Para asegurarse en el puesto que habia ocupado, tenia necesidad Napoleón de sobrepujarse á sí mismo.

El 25 y el 30 de abril de 1800, los franceses atraviesan el Rin, mandados por Moreau. El ejército austriaco, derrotado cuatro veces en ocho dias, retrocede por un lado hasta el Voralberg y por el otro hasta Ulm. Bonaparte pasa el gran San Bernardo el 16 de mayo, y el 20 el pequeño San Bernardo, el Simplon, el San Gothardo, el monte Cenis y el monte Genevre, son escalados y tomados; penetramos en Italia por tres puntos, tenidos por inexpugnables, cuevas de osos, rocas de las águilas. El ejército se apodera de Milan el 2 de junio, y la república Cisalpina se reorganiza; pero Génova se ve precisada á rendirse despues de un memorable sitio sostenido por Massena.

La ocupacion de Pavia y el feliz suceso de Montebello preceden á la victoria de Marengo.

Esta victoria empieza por una derrota. Los cuerpos mandados por Lannes y por Victor, ya mal parados, cesan de combatir y abandonan el terreno; la batalla se renueva con cuatro mil hombres de infantería conducidos por Desaix, y apoyados por la brigada de caballería de Kellermann. Desaix fue muerto. Una carga dada por Kellermann decide el éxito de la jornada, que completará la estupidez del general Melas.

Desaix, noble de Auberna, subteniente en el regimiento de Bretaña, ayudante de campo del general Victor de Broglie, mandó en 1796 una division del ejército de Moreau y pasó á Oriente con Bonaparte. Tenia un carácter desinteresado, sencillo y afable.

Cuando el tratado de El-Arisch, le volvió la libertad y fue detenido por lord Keit en el lazareto de Liorna. «Cuando se apagaban las luces, dice Miot, su compañero de viaje, nuestro general nos hacia contar historias de ladrones y de aparecidos, participando de nuestras diversiones, y mediaba en nuestras disputas; amaba mucho á las mujeres, y no habia querido

merecer su amor sino por su amor á la gloria.» Al desembarcar en Europa recibió una carta del primer cónsul, llamándole á su lado: esta carta le enterneció, y Desaix decía:—«Este buen Bonaparte se ve cubierto de gloria, y no es feliz.» Leyendo en los periódicos la marcha del ejército de reserva, exclamaba:—«¡No nos dejará nada que hacer!» Restábase aun alcanzar una victoria y morir.

Desaix fue enterrado sobre la cima de los Alpes en el convento del Monte de San Bernardo, lo mismo que Napoleón sobre el oscuro suelo de Santa Elena.

Kleber, asesinado, halló la muerte en Egipto, lo mismo que Desaix la encontró en Italia. Despues de la salida del general en jefe, Kleber, con once mil hombres, derrotó á cien mil turcos á las órdenes del gran visir, en Heliópolis, hazaña con la que no se puede comparar ninguna de las de Napoleón.

El 16 de junio se hizo el convenio de Alejandria. Los austriacos se retiraron sobre la orilla izquierda del bajo Po. La suerte de Italia se decide en la campaña llamada de los *treinta dias*.

El triunfo de Hochstedt, obtenido por Moreau, fue grato á la sombra de Luis XIV. Sin embargo, el armisticio entre Alemania é Italia, concluido despues de la batalla de Marengo, fue denunciado el 20 de octubre de 1800.

El 3 de diciembre nos trajo la victoria de Hohenlinden, en medio de una tempestad de nieve, victoria debida tambien á Moreau, gran general, sobre el que dominaba otro gran genio. El compatriota de Duguesclin marchaba sobre Viena. A veinte y cinco leguas de esta capital arregla la suspension de armas de Steyer con el archiduque Carlos. Despues de la batalla de Pozzolo, del paso del Mincio, del Adige y de la Brenta, el 9 de febrero de 1801 se concluye el tratado de paz de Luneville.

Y aun no hacia nueve meses que Napoleón se hallaba á orillas del Nilo! Nueve meses le habian bastado para ahogar la revolucion popular en Francia y para derrocar las monarquías absolutas en Europa.

No sé positivamente si es en esta época donde se debe colocar una anécdota que se encuentra en todas las memorias de su vida particular, y si la anécdota vale la pena de ser referida; pero no faltan historietas en la vida de César; la vida no es enteramente plana; se sube algunas veces, y se cae muchas mas: Napoleón habia recibido en su lecho, en Milan, á una italiana de diez y seis años, tan bella como el dia; en medio de la noche la despidió, lo mismo que hubiera hecho arrojar por la ventana un ramo de flores.

En otra ocasion, una de esas flores de la primavera se introdujo en el palacio que habitaba Bonaparte; penetraba en él á las tres de la mañana, hacia su sábado, y acariciaba con sus jóvenes años la cabeza de Leon, mas sufrido entonces.

Lejos de ser amor estos placeres, no tenian la menor influencia sobre el hombre de la muerte; hubiera incendiado á Persépolis, en provecho propio, pero no para complacer á una querida. «Francisco I, dice Taverne, vé los negocios cuando no tiene mujeres delante; Alejandro veia las mujeres cuando no tenia negocios.»

Las mujeres en general odiaban á Bonaparte como madres; le amaban poco como mujeres, porque él no las amaba; insultábanlas sin delicadeza, y no las hacia caso sino un momento. Despues de su caída ha sido objeto de algunas pasiones de imaginacion: en estos tiempos el corazon de una mujer es mas bien seducido por la poesia de la desgracia que por la de la fortuna; las ruinas tienen sus flores propias.

A imitacion de la órden de los caballeros de San Luis, fue creada la Legion de Honor: por esta institucion pasa un rayo de luz de la vieja monarquía y se introducen obstáculos en la nueva igualdad. La traslacion de las cenizas de Turena á los Inválidos

hizo apreciar á Napoleón: la expedicion del capitán Baudin llevó su nombre por todo el ámbito del mundo. Todo lo que podia dañar al primer cónsul cede ante él: se salva del complot del 18 vendimiario, y escapa el 3 nevoso de la máquina infernal; Pitt se retira; Paul muere; Alejandro le sucede; aun no se hacia notar Wellington. Pero la India se conmueve para arrebatar nos nuestra conquista del Nilo; el Egipto es atacado por el Mar Rojo, en tanto que el capitán-bajá le aborda por el Mediterráneo. Napoleón agita los imperios; toda la tierra se ocupaba de él.

PAZ DE AMIENS.—ROMPIMIENTO DEL TRATADO.—BONAPARTE ES ELEVADO AL IMPERIO.

Los preliminares de la paz entre Francia é Inglaterra, acordados en Londres 1.º de octubre de 1801, dieron por resultado el tratado de Amiens. El mundo napoleónico no se hallaba fijado aun: sus limites cambiaban con el ascenso ó descenso de las mareas de nuestras victorias.

Por entonces fue cuando el primer cónsul nombró á Toussaint-Louverture gobernador perpetuo de Santo Domingo, y cuando incorporó á la Francia la isla de Elba; pero traidoramente arrebatado de allí, debia Toussaint morir en un castillo del Jura, y Bonaparte se proveyó de una cárcel en Porto-Ferrajo, que pudiera bastar al imperio del mundo para cuando no tuviese en él bastante espacio.

El 6 de mayo de 1802 fue elegido Napoleón cónsul por diez años, y poco despues cónsul perpetuo. Hallóse estrecho en los vastos dominios que le habia dejado la paz con Inglaterra, y sin respetos al tratado de Amiens; sin pensar en las nuevas guerras que iba á promover su determinacion, so pretexto de la no evacuacion de Malta, reunió las provincias del Piemonte, á los Estados franceses, y en atencion á las revueltas suscitadas en Suiza se decidió á ocuparla. Inglaterra rompió con la Francia, habiendo tenido lugar este rompimiento del 13 al 30 de mayo de 1803; el 22 de mayo apareció el inaudito decreto que mandaba poner presos á todos los ingleses que comerciaban ó que viajaban por Francia.

Bonaparte invadió el electorado de Hannover el dia 3 de junio, al mismo tiempo que cerraba yo en Roma los ojos de una mujer ignorada.

El 24 de marzo de 1804 vió la muerte del duque de Enghien, que ya he referido: el mismo dia fue decretado el código civil, ó el código Napoleón, para enseñarnos á respetar las leyes.

Cuarenta dias despues de la muerte del duque de Enghien, un miembro del tribunalado, llamado Curée, presentó una proposicion el 30 de abril de 1804 para elevar á Napoleón al poder supremo, sin duda porque habia jurado la libertad: jamás amo mas poderoso surgió de la proposicion de un esclavo mas oscuro.

El senado conservador cambia en decreto la proposicion del tribunalado. Bonaparte no imita ni á César ni á Cromwell, y creyéndose mas asegurado con la corona, la acepta. El 18 de mayo es proclamado emperador en Saint-Cloud; en los mismos salones de que arrojó al pueblo, en el sitio en que habia sido asesinado Luis III, Enriqueta de Inglaterra envenenada; María Antonieta halagada con algunos pasajeros goces que la condujeron al patíbulo, y de donde Carlos X salió para su último destierro.

Llueven de todas partes felicitaciones. Mirabeau habia dicho en el año 1790:—«Damos un nuevo ejemplo de la ciega y voluble inconsideracion que nos ha llevado de edad en edad á todas las crisis que nos han afligido sucesivamente. Parece que nuestros ojos no pueden ser desengañados, y que hemos resuelto ser hasta el fin de los siglos niños, á veces traviesos, pero siempre esclavos.»

El plebiscito de 1.º de diciembre fue presentado

á Napoleon, y el emperador respondió: «Mis descendientes conservarán por mucho tiempo este trono.» Cuando se miran las ilusiones con que la Providencia rodea el poder, consuélase uno con su corta duración.

IMPERIO.—CONSAGRACION.—REINO DE ITALIA.

El 2 de diciembre de 1804 tuvo lugar la consagración y la coronación del emperador en Nuestra Señora de París. El papa pronunció la siguiente oración: «Dios Todo-poderoso y eterno, que pusisteis á Hazael para gobernar la Siria y á Jehu, rey de Israel, mani-

festándoos vuestras voluntades por medio del profeta Elías; que derramásteis la unción santa de los reyes sobre la cabeza de Saul y de David por el ministerio del profeta Samuel, esparcid por mi mediación los tesoros de vuestras gracias y de vuestras bendiciones sobre vuestro servidor Napoleon, que á pesar de nuestra indignidad consagramos hoy emperador en vuestro nombre.» Pio VII, cuando no era aun mas que obispo de Imola, habia dicho en 1797: «Si, mis muy queridos hermanos: *siate buoni cristiani e sarete ottimi democratici*. Sed buenos cristianos y sereis muy buenos demócratas. Las virtudes morales forman los buenos demócratas; y los primeros cristianos se hallaban animados por el espíritu de la democracia: Dios favo-



CORONACION DEL EMPERADOR NAPOLEON.

ció los trabajos de Catón, de Utica y de los ilustres epulcanos de Roma.» *¿Quo turbine fertur vita hominum?*

El 18 de marzo de 1805 declaró el emperador al senado que aceptaba la corona de hierro que le habian ido á ofrecer los colegas electores de la república Cisalpina: era á la vez el secreto instigador de aquel sufragio, y el objeto público del mismo. Poco á poco la Italia entera se rigió por sus leyes, y él la unió á su diadema, como en el siglo XVI los gefes guerreros ponian un diamante á guisa de boton en su sombrero.

INVASION DE ALEMANIA.—AUSTERLITZ.—TRATADO DE PAZ DE PRESBURGO.—EL SANHEDRIN.

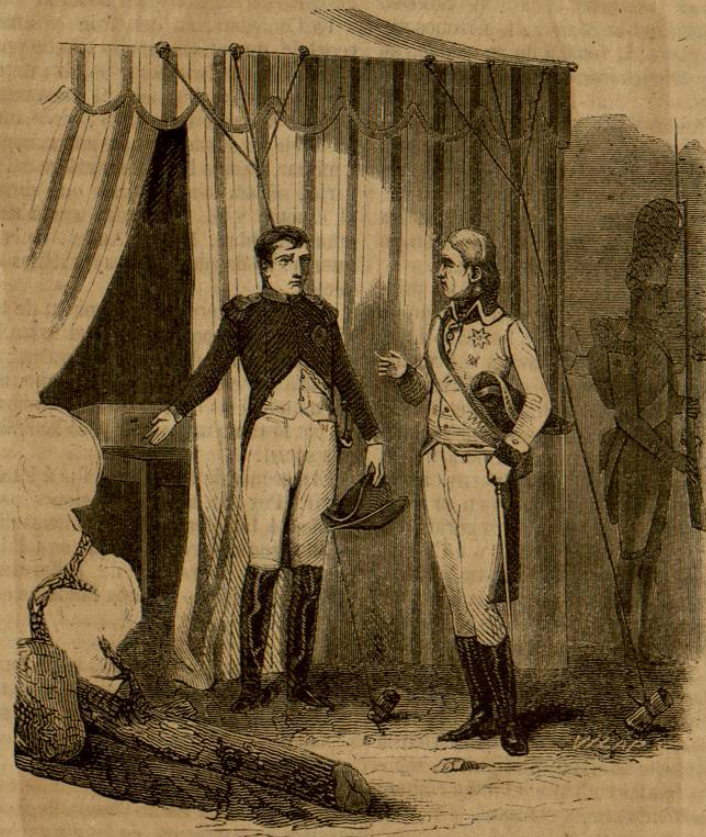
La Europa, maltratada, trató de poner un vendaje sobre su herida: el Austria se adhiere al tratado de Presburgo, concluido entre la Gran-Bretaña y la Rusia. Alejandro y el rey de Prusia tienen una entrevista en Postdam, lo que dió margen á las burlas poco nobles de Napoleon. Formóse la tercera coalición continental. Estas coaliciones nacen sin cesar de la desconfianza y del terror; Napoleon medraba en las tempestades, y no dejó escapar esta.

Lánzase desde las riberas de Boloña, donde organizaba un cuerpo de tropas, y amenazaba á Albion por el mar. Un ejército á las órdenes de Devoust, se transporta como una nube á orillas del Rin. El 1.º de octubre de 1805, el emperador arenga á sus ciento sesenta mil soldados, y la rapidez de sus operaciones desconcierta al Austria. Combate de Lech; combate de Werthingen; combate de Guntzbourg. El 17 de octubre se presenta Napoleon delante de Ulm. Grita á Mack: *¡Abajo las armas!* y Mack obedece con sus treinta mil hombres. Munich se rinde. Cruza el Inn; toma á Sakbourg; paso del Trann. El 13 de noviembre penetra Napoleon en una de esas capitales que

habia de visitar una tras otra: cruza por Viena, y encadenado á sus propios triunfos, es arrastrado por ellos hasta el centro de la Moravia, para salir al encuentro de los rusos.

La Bohemia se insurrecciona á su izquierda; revolucionanse los húngaros á su derecha; el archiduque Carlos acude de Italia. La Prusia entra clandestinamente en la coalición, y no habiéndose declarado aun, envia al ministro de negocios Haugswitz, portador de un *ultimatum*.

Llega el 2 de diciembre, y con él la batalla de Austerlitz. Los aliados esperaban un tercer cuerpo de ejército ruso que se hallaba á unas ocho jornadas.



FRANCISCO II EN LA TIENDA DE NAPOLEON.

Kuteszoff sostenia que no se debía arriesgar una batalla: Napoleon por medio de sus maniobras, obliga á los rusos á aceptar el combate, y son derrotados. En menos de dos meses, los franceses, saliendo del mar del Norte y del otro lado de la capital del Austria, derrotan las legiones de Catalina. El enviado de Prusia va á felicitar á Napoleon á su cuartel general: «Esa es, le dice el vencedor, una felicitación cuya dirección ha cambiado los sucesos.» Francisco II se presenta á su vez en el vivac del soldado afortunado: «Os recibo, le dice Napoleon, en el palacio que habito hace dos meses.—Sabeis sacar tanto partido de esta habitación, respondió Francisco, que debe sin

duda agradaros.» Soberanos como este no merecian siquiera que se les destronase. Acuérdate un armisticio, y los rusos se retiran en tres columnas, y en la forma que Napoleon habia exigido. Desde la batalla de Austerlitz no hace ya Napoleon nada con acierto.

El 26 de diciembre de 1805 se firma el tratado de Presburgo. Napoleon crea dos reyes: el elector de Baviera y el de Wurtemberg. Las repúblicas formadas por Napoleon son devoradas por él mismo para convertirlas en monarquías, y en contradicción con este sistema, el 27 de diciembre de 1805, en el palacio de Schœbrunn, declara que la *dinastía de Nápoles habia cesado de reinar*; pero esto era por reemplazarla